

## Introducción

Para los entusiastas de la historia obrera, ningún período es tan importante en la historia de la organización de los trabajadores como la década de 1880, cuando cientos de miles de trabajadores se organizaron en los Estados Unidos para exigir y obtener una jornada laboral de ocho horas diarias. En su mayoría eran trabajadores inmigrantes que trajeron consigo ideas y experiencias organizativas de sus países de origen, y lideraron movimientos que finalmente obtuvieron la jornada de ocho horas. Sus acciones no ocurrieron sin repercusiones. En 1886, durante lo que más tarde se conoció como la Revuelta de Haymarket, ocho reconocidos activistas fueron arrestados luego de que una bomba explotara en una marcha obrera a favor de la jornada laboral de ocho horas. Varios policías y civiles fallecieron, y siete de los activistas fueron sentenciados a muerte, a pesar de la falta de evidencia que los vinculara con el crimen. Dado que la mayoría de los acusados no solo eran inmigrantes alemanes, sino también declarados anarquistas, la Revuelta de Haymarket desató una ola de histeria anti-inmigrante y la represión policial de toda actividad obrera, periódicos anarquistas y organizadores.

Muchos de los trabajadores inmigrantes de la década de 1880 eran organizadores tan capaces que fueron expulsados de sus países de origen, y encontraron refugio y tierra fértil para organizarse en los Estados Unidos. La industrialización en los Estados Unidos generó la creciente necesidad de que los trabajadores realizaran las tareas más peligrosas y poco remuneradas en la enorme cantidad de fábricas, minas y ferrocarriles. Los inmigrantes de Irlanda, Italia, Polonia, Rusia y Alemania, por nombrar algunos, cubrieron estos puestos y sufrieron discriminación, abierta hostilidad y condiciones de trabajo abusivas. Bajo estas condiciones, y con la agitación de los organizadores obreros, el descontento creció entre los trabajadores. Las fuerzas de la industrialización no solo trajeron masas de trabajadores a los Estados Unidos, sino también organizadores capacitados que se reunieron y compartieron sus ideas trascendiendo nacionalidades, lenguas y culturas. Este mestizaje de ideas llevó a la creación de uno de los movimientos sociales más dinámicos de nuestra nación.

De la misma manera, en la actualidad muchos de los mejores organizadores inmigrantes fueron forzados a dejar su país debido a su activismo con obreros, estudiantes y campesinos. Aun así, otros son fruto de una economía globalizada que exporta productos y personas, lo que lleva a muchos migrantes sin experiencia política previa a cuestionar las fuerzas políticas y económicas que los obligan a abandonar su país, su familia y su hogar. De acuerdo con un estudio reciente realizado por la organización religiosa Pan para el Mundo (*Bread for the World*), si bien solo un cuarto de la población mexicana vive en zonas rurales, el 44% de los inmigrantes mexicanos—un porcentaje

desproporcionado—proviene de dichas áreas.<sup>1</sup> Estos migrantes rurales dejan atrás sus comunidades, las cuales tienen lazos muy estrechos y donde sus familias han vivido durante décadas; y que, en muchos casos, se remontan a generaciones de la era precolombina. Miles de migrantes se han visto obligados a adquirir una profunda comprensión de la desigualdad luego de haber arriesgado sus vidas para llegar a un país extranjero y trabajar en ocupaciones peligrosas y mal remuneradas, enfrentando una discriminación constante.

Algunos de los grupos musicales más populares de México, como los Tigres del Norte y El Tri, han escrito canciones que documentan el papel transformador que tiene la migración en el desarrollo de la conciencia colectiva. Algunas de las canciones más famosas de los Tigres del Norte incluyen “Somos Más Americanos”, “Mis Dos Patrias”, “Tres Veces Mojado”. De El Tri tenemos canciones como “Sueño Americano” y “La Raza Indocumentada”, que desafían tanto al gobierno mexicano como al estadounidense por explotar a los trabajadores y a los pobres. Estas canciones han sido escuchadas por millones de personas en los Estados Unidos y en Latinoamérica, y han ayudado a conectar las experiencias del migrante con un público más amplio.

Los mejores organizadores consideran que la injusticia también es una oportunidad para unir a las comunidades a fin de lograr un cambio en las condiciones a las que se enfrentan. Ven que cuando se les brinda las herramientas y el apoyo necesarios a aquellos directamente afectados por la desigualdad, estos están listos para levantarse y luchar. Tal como afirmó Dennis Soriano, del Centro de Trabajadores por la Justicia Racial de Nueva Orleans (*New Orleans Workers' Center for Racial*

---

1 “Mexico United States Migration: Regional and State Overview”, Mexico City. Consejo Nacional de Población, 2006.

*Justice*): “Ya no soy la misma persona que llegó a este país sólo para trabajar y ayudar a su familia. Ahora sé que si quiero estar en este país y ser tratado como igual, tengo que luchar. Nadie va a luchar por mí. Tengo que hacerlo yo mismo”.

En esta sección hablaremos sobre Pablo Alvarado, un inmigrante centroamericano que sobrevivió a la brutal guerra civil de El Salvador y escapó a Los Ángeles, donde comenzó a utilizar sus aptitudes como educador y organizador para ayudar a los jornaleros a cambiar su situación laboral y sus vidas en general, primero en California y luego a lo largo del país. Más tarde ayudó a fundar la Red Nacional de Jornaleros y Jornaleras (NDLON, por sus siglas en inglés), la cual se ha convertido en una de las organizaciones más dinámicas en la lucha por los derechos de los inmigrantes indocumentados. La NDLON ha estado al frente de la lucha en Arizona, donde se han promulgado algunas de las leyes antiinmigratorias más severas.

Muchas veces, la decisión de migrar no es una elección voluntaria de un individuo, sino que es impuesta mediante decisiones políticas que excluyen las voces de aquellos más afectados. El presidente mexicano Carlos Salinas de Gortari, luego de aprobado el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) en 1994, dijo que su deseo era “exportar productos, no personas”. Sin embargo, la historia de María Duque y su familia demuestra lo contrario. El TLCAN, lejos de reducir la inmigración, llevó a la migración masiva de cientos de miles de campesinos a los Estados Unidos. Para María, y al igual que para muchos otros, el tratado también ha generado una nueva y siempre cambiante comprensión de la raza y la desigualdad en los Estados Unidos.

Los migrantes indígenas también han sido particularmente afectados por la migración, entre los cuales se registra uno de los índices migratorios más altos de México. Las comunidades indígenas mexicanas, a menudo con experiencias de gobiernos autónomos, se han convertido en los pensadores y líderes más creativos en el debate sobre la migración. Según Gaspar Rivera Salgado, del Frente Indígena de Organizaciones Binacionales (FIOB): “Necesitamos desarrollo para hacer de la migración una elección más que una necesidad [...] El derecho a emigrar y a no emigrar, ambos derechos son parte de la misma solución [...] Tenemos que cambiar el debate y pasar de una visión que presenta a la migración como un problema, a un debate sobre los derechos de los migrantes. El verdadero problema es la explotación”. Inspirado por la campaña del Derecho a Permanecer en Casa (*Right to Stay Home*), el FIOB también ha buscado desarrollar alternativas que promuevan la autodeterminación, como ayudar a establecer cooperativas gestionadas por los trabajadores e invertir en productos para el comercio justo que les permitan a las comunidades indígenas permanecer en sus tierras. El plan estructural de la campaña por el Derecho a Permanecer en Casa ha sido crucial para modificar el debate entre organizaciones obreras, indígenas y de derechos humanos en México, y posee la capacidad de jugar un papel clave en el movimiento por los derechos de los inmigrantes en los Estados Unidos, al obligar a las organizaciones y a los activistas a mirar más allá de las soluciones a corto plazo, y a pensar en un cambio estructural a largo plazo que desafíe las fuerzas políticas y económicas centradas alrededor de la migración y la explotación.

Elvira Arellano se hizo conocida cuando ordenaron su deportación y, desafiante, se refugió en su iglesia metodista con su hijo de

ocho años nacido en los Estados Unidos. Su historia documenta el esfuerzo del movimiento por los derechos de los inmigrantes por obtener la legalización a lo largo de la última década. Elvira participó en la mayoría de las actividades organizativas desde finales de la década de los noventa a fin de asegurar que los inmigrantes indocumentados pudieran obtener autorización para trabajar y vivir en los Estados Unidos, sin miedo a ser deportados y separados de sus familias. Su historia también destaca las raíces del movimiento y el impacto personal del fracaso del Congreso en aprobar una reforma migratoria o proteger los derechos de los trabajadores inmigrantes. En la actualidad, Elvira continúa organizando actividades en defensa de los derechos de los inmigrantes, entre los cuales se incluyen los inmigrantes centroamericanos en su peligroso viaje a través de México hacia los Estados Unidos.



Los inmigrantes no solo traen comida, vestimenta o costumbres culturales—muchos traen consigo una rica historia de activismo y organización, y todos cargan consigo su propia historia de explotación y autosuficiencia, de comunidad y de resistencia. A pesar de estar divididos por las fronteras, muchos inmigrantes llegan a los Estados Unidos y continúan compartiendo una cultura, y construyen una nueva comunidad de resistencia enriquecida por sus propias tradiciones. De la injusticia y la discriminación, los inmigrantes indocumentados crean una nueva cultura de liberación. Es aquí donde comienza nuestro relato, con la historia de tres individuos que representan a millones de migrantes.